

EDITORIAL VI

El mes de septiembre ha sido, casi siempre, un mes de festejos y algarabía. Un mes de celebraciones y desfiles, todos ellos en honor de la patria, de su independencia y soberanía.

En esta ocasión, la patria está de luto. Está agobiada y dolida. Ha sido mancillada. Sus derechos han sido violados. Los golpistas la han ofendido.

Por lo tanto, esta vez, los desfiles y celebraciones adquieren un sentido diferente. Deben ser manifestaciones de protesta y rechazo, muestras concretas de rebelión y condena contra el golpe de Estado, contra los golpistas y su régimen espurio.

Nos alegra saber que los jóvenes, que son la mayoría de nuestra población, desfilarán con el espíritu de la protesta y la condena frente al golpe de Estado. Nos estimula y anima saber que los muchachos y muchachas, alumnos de nuestras escuelas y colegios, en su mayoría, han decidido desfilarse en contra o, en todo caso, no hacerlo a favor de los golpistas. No podíamos esperar menos de nuestra juventud.

Los desfiles, si se producen, deben prescindir de ese estilo marcial estúpido y grandilocuente que hace lucir a los jóvenes ridículos y desfasados. Da risa, por no decir pena y lástima, ver a nuestros muchachos tratando de imitar la marcialidad germana o el estilo prusiano, ambos superados ya, cuando desfilan en honor de la bandera y la patria.

Es hora ya, compatriotas, de sacudirnos de una vez por todas ese lastre de la cultura castrense que se expresa en las formas, el estilo y las costumbres de los desfiles del 15 de septiembre. Es hora ya, amigos y amigas de la democracia, de echar por la borda los rituales, la parafernalia, los hábitos de la cultura militar, los códigos de comportamiento castrenses. Es hora ya de sacudirnos para siempre la tradición venenosa y dañina de la cultura de los uniformados.

Los pueblos civilizados no necesitan de coroneles y generales. Los pueblos cultos pueden perfectamente prescindir de los hombres de uniforme, incultos, groseros y violentos. No son hombres para la democracia. Son instrumentos de la tiranía. Los pueblos pacíficos y progresistas, como el nuestro, no necesitan ni precisan de vigilantes armados. La democracia, si es real, no requiere de gendarmes. Le basta

con la vigilancia y el control del pueblo, que es el único soberano y depositario de la voluntad colectiva.

Fuera el estilo militar de nuestras vidas ! Este es el momento de expulsar de nuestra cultura cotidiana los hábitos, las costumbres y las manías del lenguaje, el comportamiento y la forma de ser de los militares. Liberemos la cultura democrática de la influencia castrense. Expulsemos de nuestras vidas, para siempre, el estilo arrogante, vertical y autoritario de los hombres de uniforme. Los pueblos cultos y democráticos no necesitan a los militares. Están de más. Son una carga. Son innecesarios. No lo olvidemos, pueblo de Honduras: en tiempos de paz hay que alimentarlos, y en tiempos de guerra, hay que defenderlos. No los necesitamos.

10 de septiembre de 2009